MERCADO DE CONDE LUNA (LEÓN)

Poemas del Mercado

EVA MADRUGA PÉREZ

Adiós, poeta! –gritó un joven desde el puesto de Pescados Jesús.

El poeta hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, sonrío y se perdió por una de las seis puertas de entrada al único mercado de abastos que quedaba en la ciudad. El poeta caminaba con calma, sentía la necesidad de observarlo todo y, como si de un ritual se tratase, siempre que abandonaba la Plaza de Conde Luna se volvía para echar una última mirada al mercado de su libro, al mercado de Conde Luna, al mercado donde había llegado buscando trabajo.

Mientras se adentraba por la calle Azabacherías, el poeta iba pensando en su próximo poemario: "De puntillas por los bares", a pesar de que sólo hacía unos días que había ganado el premio Hiperión con "Poemas del mercado". Al llegar a la plaza de San Martín, sintió ganas de tomarse un vino, y en eso estaba cuando alguien le tocó la espalda.

El poeta volvió un poco la cabeza, pero sintió una molestia en el cuello, así que giró sobre sus talones y se encontró con una sorpresa.

–Perdona, creo que me he equivocado –dijo una atractiva joven.

–Hola, ¿cómo te va la vida? –preguntó el poeta, agradeciendo al destino la ocasión que le brindaba.

–Bien... perdona... pero te he confundido con el poeta, –respondió Lucía, una periodista del periódico local de León.

–¡El poeta!, y si te dijera que yo soy el poeta –le increpó Gerardo.

–No, no puede ser, tú eres un tendero –respondió desconcertada Lucía–. Además, ¿qué iba a hacer un vendedor de variantes escribiendo poemas?

–Espero que uno de estos días alguien te ponga en tu lugar –respondió con dureza Gerardo–. Por cierto, ¿qué tal tu entrevista con el redactor jefe de El País Semanal?, ¿cómo se llamaba?...¡Peru Egurbide!

–Así que fuiste tú.

–No me lo digas..., Peru estaba tan ocupado que no pudo recibirte. Es una lástima que tú sola te metas en tantos líos –contestó con sorna Gerardo–. Bueno, corazón voy a tomarme un vino a tu salud.

Lucía, la intrépida periodista de local, se sentía arrepentida. Nunca, hasta aquel día, se había sentido tan humillada. En aquel momento, mientras la puerta del bar en el que el poeta había entrado terminaba de cerrarse, decidió escribir toda la verdad sobre el poeta. Sólo ella sabía por qué Gerardo había llegado a la ciudad.

Al día siguiente, como todas las mañanas, el poeta se levantó temprano. Desde su llegada a León, se había acostumbrado a tomar el primer café del día en el Bar la Plaza, dentro del Mercado. Allí echaba el primer vistazo al periódico y se entretenía charlando con la gente.

De camino a la Plaza de Conde Luna, el poeta compró el periódico en el quiosco de la plaza de Santo Domingo. Mientras reanudaba el paseo, empezó a ojear el diario. Allí, en la columna de la izquierda, bajo el epígrafe de sumario, descubrió su nombre. Gerardo aligeró el paso, quería llegar lo más rápido posible a la plaza de la Regla para sentarse en un banco, –bajo el amparo de la catedral–, y poder leer con calma el reportaje.

Todo había comenzado el 17 de febrero, imposible olvidar ese día, era el de mi cumpleaños. Yo entonces vivía en Madrid. Desde niño había querido ser escritor. Cuando terminé mis estudios de Filosofía y Letras, mis padres decidieron pagarme un curso de creación literaria que prometía hacer de mí un futuro Cervantes, Quevedo, Neruda, Rilke...

Llegué a la ciudad de la Cibeles procedente de A Coruña con 23 años y una maleta cargada de libros, cuadernos y muchas ganas de comerme el mundo. Mi primer año fue según lo planeado, pero cuando acabé el curso me encontré muy perdido. No tenía trabajo, no sabía hacer nada, –a parte de pergeñar algunas historias–; así que un buen día de mi segundo año en Madrid, me lancé desesperado a las páginas de trabajo de El País. Allí descubrí que hay que deambular por la vida, como deambulan los que saben lo que no quieren, para encontrar lo que realmente estamos buscando.

Una amiga escritora me dijo un día que “escribir era una forma de mirar el mundo”. Aquel día, rebuscando entre las ofertas de empleo, me di cuenta de que aquello era cierto. Además, descubrí que para mirar el mundo siempre hay que estar dispuesto a emprender la marcha.

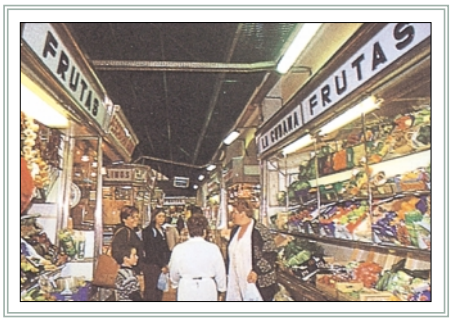
El anuncio era escueto, "Jóvenes, no necesaria experiencia, menores de 30 años se precisan para diferentes puestos en el Mercado Conde Luna de León. Urge. Tel. 987 25 34 61".

León no parecía un gran destino, sin embargo, para mí lo era. Yo había nacido allí. Mi padre –que había muerto cuando yo tenía 10 años–, también había nacido allí. Cuando él falleció, mi madre regresó a su tierra natal, A Coruña, y así fue como pasé de tener un padre cazurro a uno gallego. Era cuestión de minutos decidirse. Yo no sabía nada de mercados, pero alguna experiencia como dependiente tenía. Mi padrastro era propietario de una tienda de calzados y, como suele suceder en estos casos, al llegar el verano me tocaba –quisiera o no quisiera– echar una mano en el negocio familiar.

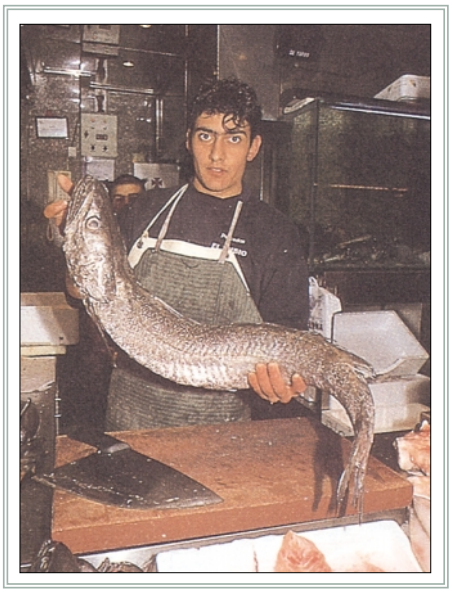
No medité mucho la decisión, me apetecía un cambio de ciudad, de gentes, de inquietudes... Creí, entonces, que el destino me tendía una mano para ayudarme a encontrar mi sitio. Nunca había pensado que acabaría trabajando como dependiente, sin embargo, creí que era un buen principio para independizarme y, –por qué no–, para contarme yo, contar el mundo y contarme a los demás.

Otro punto a favor de León era que allí estaba Carlitos, uno de mis mejores amigos. Habíamos estudiado juntos la carrera y compartido muchas noches de juerga. Además, si no conseguía el trabajo, Carlos me podía echar una mano, ya que él había aprobado unas oposiciones para secundaria y tenía contactos en el mundo docente.

Llegué a León al mediodía, justo cuando la helada empezaba a derretirse y el sol de invierno intentaba calentar los corazones. Tenía tiempo suficiente para encontrar el mercado de Conde Luna y, una vez en él, preguntar por el bar la Plaza. Allí, a la una de la tarde, había quedado con Lucía, la persona que había puesto el anuncio de trabajo. No me fue difícil llegar al mercado desde la glorieta de Guzmán, ya que Lucía me había explicado –con todo lujo de detalles–, como llegar: "una vez que llegues a Guzmán, justo de frente a la estatua, está la calle principal de la ciudad, Ordoño II. Todo recto por esta avenida llegas a Santo Domingo y, justo ahí, pasada la Iglesia de San Marcelo entras en la calle Ancha, antes llamada del Generalísimo. Sigue por ella y en la segunda bocacalle a la derecha gira. No recuerdo ahora cómo se llama pero es la siguiente a la Rua; bueno, siguiendo por ella, todo recto, no tiene pérdida, encontrarás la plaza de Conde Luna. Una vez allí si no te orientas, pregunta".



Seguí al pie de la letra sus explicaciones –para eso me había tomado la molestia de apuntarlas–, y tal cual dijo sucedió, a la una menos diez estaba delante de una de las puertas del Mercado de Conde Luna.



Con el tiempo descubrí que el mercado, un edifico cuadrangular pintado de ocre y gris verdoso, tenía seis puertas de entrada. Aquel día sólo vi una, por la que entré y creí principal, justo la que da al Palacio de Conde Luna. Dentro ya del mercado, di una vuelta y encontré un bar sin nombre, enfrente de Frutas Rafa y Pescadería Susi. Así fue como me enteré de que el mercado tenía dos bares y el Bar la Plaza ocupaba el puesto número 46.

Llegué pronto –una manía familiar–, pero Lucía ya me estaba esperando en la barra de aquel pequeño bar.

–Perdona, ¿tú eres Lucía? –pregunté con la voz entrecortada.

–Sí y tú debes de ser... a ver... déjame mirar mis papeles...

–Gerardo, yo soy Gerardo Vázquez.

–¿Qué tal tu viaje?, porque tú venías desde Madrid ¿no?

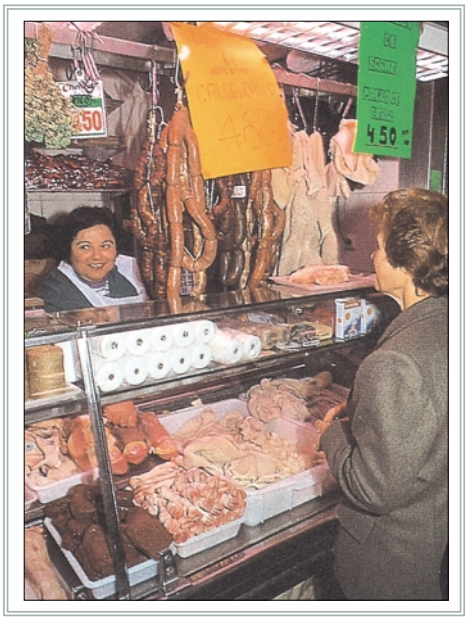
–Sí, así es. Muy bien, gracias.

–Bueno Gerardo, como decía el anuncio, estamos buscando jóvenes que quieran dedicarse a trabajar en el mercado. Hemos observado que quedan unos puestos sin explotar y estamos a la espera de conseguir las licencias. Mi padre quiere montar un puesto de variantes. Tú que vives en Madrid habrás visto que allí son comunes en los mercados, pero aquí no. Se trataría de vender frutos secos, caramelos, aceitunas, pepinillos, patatas fritas, pan, madalenas, legumbres, pastas, etc.

–Entiendo, es una buena idea –respondí mientras asentía con la cabeza.

–También –bueno mi padre quiere conseguir dos o tres puestos–, podríamos poner un puesto de herboristería. No sé, pero yo creo que podría ser rentable. La gente cada vez está más preocupada por la salud y las medicinas alternativas. ¿Tú que opinas?

–A mí me parece bien. Yo creo que la fitoterapia es un valor seguro en esta época de la naturopatía, ecología y Mens sana in corpore sano.



–Me caes bien Gerardo, y eso es importante, porque soy yo la que va a decidir quien trabajará con nosotros. Creo que tú eres idóneo para cualquiera de los dos puestos. Bueno, ¿a qué te dedicabas en Madrid?

Debió sorprenderme tanta curiosidad, qué estudios tenía, cuántos años, por qué quería trabajar en un mercado, si pensaba que era mejor el comercio tradicional o las nuevas superficies comerciales..., en fin, me hizo la entrevista de su vida.

Lucía no era la hija del comerciante que quería abrir dos puestos en el mercado sino una periodista de local con muy pocos escrúpulos. Con mi vida, mis por qués y mis miedos, la plumilla redactó para el dominical un maravilloso reportaje titulado “Jóvenes perdidos en el mercado de abastos”.

Yo realmente era uno de aquellos perdidos y, de no haber sido por Carlos, habría seguido perdido durante mucho, mucho tiempo. Yo deseaba –en igualdad de condiciones–, morirme y regresar bajo las faldas de mi madre a llorar. Sin embargo, mi ángel de la guarda, San Carlos, me buscó un trabajo como profesor particular en una academia. Fue cuestión de semanas que mi ánimo se templara y que todo aquello que deseaba, empezara a llegarme.

Una mañana me levanté con ganas de volver al lugar del “crimen”. Me sentía extraño, era como si las puertas de mi memoria hubieran estado durante años cerradas y ahora me pidieran que las abriera. Detrás de ellas, golpeando con fuerza las aldabas, estaban todos mis fantasmas pidiéndome que no dejara que el pasado se perdiera.

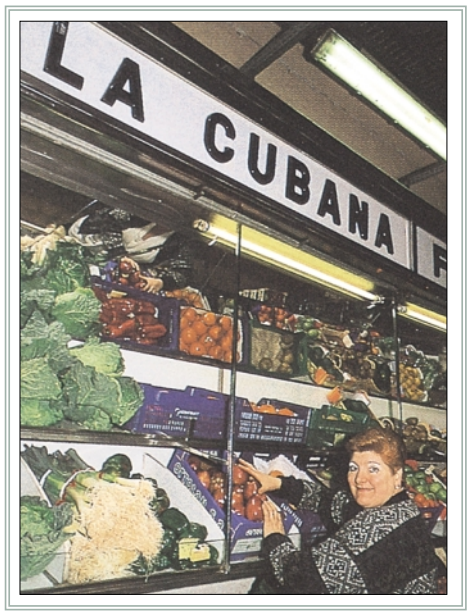
Por eso fue que escribí “Poemas del mercado”, una obra nacida de la necesidad de contarme yo, contar el mundo y contar a los demás. El libro –como no podía ser de otra forma–, se lo dediqué a mi padre, porque ya lo dijo Borges: “como todos los actos del universo, la dedi-

catoria de un libro es un acto mágico. También cabría definirla como el modo más gracioso y más sensible de pronunciar un nombre".

Yo apenas tenía seis o siete años cuando mi padre me llevó por primera vez al mercado de Conde Luna. Debía de ser un sábado porque era el día que el no trabajaba y aprovechaba para ir a comprar pescado y quedar con los amigos para tomar el vino en el Húmedo. Yo estaba como loco porque iba por primera vez a hacer la compra. Recuerdo que cuando llegué a la plaza mis ojos entraron en ebullición, había tanta gente por los aledaños del mercado, unos vendiendo fruta, otros plantas de simiente, incluso, había mujeres que vendían flores.

Desde aquel día no dejé de acompañar a mi padre al mercado. Me encantaba perderme entre los puestos mientras él compraba, pero, sobre todo, lo que más me gustaba era escuchar cómo era todo cuando mi padre acompañaba a mi abuela al mercado.

Porque las historias de nuestros progenitores hacen nuestra historia, yo nunca he podido olvidar la historia de aquel niño que bajaba andando desde el pueblo con su madre para vender en el mercado pavos, gallinas y huevos: "Yo tenía más o menos tú edad, Gerardo, cuando bajaba con la abuela Aurora a León. Nosotros éramos de los pobres del pueblo, así que teníamos que pedir prestada la burra para poder bajar la mercancía. A la entrada de la ciudad teníamos que pagar una especie de impuesto por cada pieza que traíamos a vender.



Sin embargo, dado que no éramos muy ricos, la abuela había ideado un truco para no tener que pagar por todo lo que íbamos a vender. Mientras yo me quedaba con la burra y los pavos en la puerta del fielato, ella cogía los huevos y las gallinas, y se iba cruzando por los campos. Una vez pasado el control nos volvíamos a juntar ya camino del mercado. Era una gran mujer, astuta, pero buena. Una vez vendida nuestra mercancía, entrábamos a comprar, eso sí, siempre lo más barato: manzanas, naranjas, asadura y callos."

Mi padre –me consta–, tenía la sensación de que en la vida siempre llegaba a todo tarde. Creo que le habría gustado saber que su hijo llega igual de tarde que él a todos los sitios. Al mercado tardé dieciocho años en llegar.

Hace poco leí en algún sitio que Lamparilla, un conocido periodista leonés de hace algunos años, dijo que el mercado de Conde Luna te lo encontrabas sin querer. No digo yo que el mercado deba de figurar en las guías turísticas de la ciudad, pero parece inevitable que los turistas que deambulan por las calles del casco viejo de León acaben topándose con él.

Alguien me ha dicho que mi libro sobre el mercado deja traslucir el sentimiento de que la modernidad transforma lo antiguo en viejo. Lo sé, pero así como yo prefiero ir a comprar mis filetes de pollo a la Casquería Zapico, o comprarle la fruta a Mari –la encantadora tendera de la Frutería La Cubana–, o dejar que me seduzcan en la Carnicería la Villalona y, por supuesto, saborear un buen queso en Embutidos

Inma, me consta que hoy en día la mayoría de la gente prefiere abastecerse en una gran superficie comercial.

–¡Gerardo! –gritó desde la puerta de la catedral una joven pelirroja–, no me lo puedo creer, pero si eres tú.

–Mónica, ¿pero qué haces tú aquí?

–Eso debería preguntarlo yo. Menuda forma de huir la tuya, ni una llamada de teléfono, ni una carta, nada, era como si la tierra te hubiera tragado.

–Tienes razón, debí llamarte para despedirme, pero todo fue tan precipitado. En fin, ¿qué haces en León?

–Estoy haciendo con unos amigos el Camino de Santiago y, ya sabes, León es paso obligado.

El poeta sintió que llegar a donde se quiere llegar implica emprender de nuevo la marcha. "Sonetos del peregrino" le pareció una oportunidad para volver a mirar el mundo.

–¿Puedo ir con vosotros hasta Santiago? –preguntó Gerardo. ■

EVA MADRUGA PÉREZ
PERIODISTA

MERCADO DE CONDE LUNA

El Mercado de Conde Luna de León se encuentra ubicado en el corazón de una antigua plaza empedrada del mismo nombre. Comenzó a funcionar en los años 30 y hasta bien entrados los 90 tuvo un gran protagonismo en la distribución mayorista y minorista de productos perecederos. La puesta en marcha de MERCALEÓN y la llegada las grandes superficies comerciales a la ciudad influyó en la actividad del mercado, a pesar de lo cual sigue teniendo una oferta de calidad y contando con los profesionales de más experiencia en el sector.

El mercado tiene 50 puestos, distribuidos entre: pescaderías, carnicerías, carne de caballo (sólo un puesto), casquerías, fruterías, pollerías, congelados, charcuterías, queserías y bares (dos).

La oferta permanente del Mercado de Conde Luna se complementa con el comercio ocasional que se organiza en sus alrededores, entre el que hay que destacar la feria de flores antes del día de Todos los Santos; el mercado de la Palma, coincidiendo con el Domingo de Ramos; y la venta de planta simiente en la época de siembra.

En la actualidad, el Ayuntamiento de León y los comerciantes del propio mercado están proyectando una remodelación y modernización de sus instalaciones, a partir de un estudio realizado por MERCASA.